

Un trabajo fácil

-Pues mira a mí no me gusta esto de acosar a la gente.

-Ana, es un trabajo. Ni mejor ni peor que otros, consigues que firmen te ganas 25 Euros más a la miseria que te pagan.

-Sí pero de alguna manera los engañamos.

-No mujer, qué más da que estén en una compañía o en otra, la diferencia es mínima.

-Sí, pero esa mínima diferencia en miles de persona a la compañía le supone al cabo del año millones.

-Vamos mujer, no seas tan remilgada.

-Mira, en esta zona viven muchas personas mayores y muchos firman, te lo digo yo que conozco el percal. Les sonríes un poco y les dices algo zalamero y ya está.

Ana movió la cabeza dudosa y resignada mientras la coleta le azotaba suavemente la cara de un lado a otro.

La mañana era limpia y fresca como correspondía a noviembre.

El cielo lucía un azul luminoso y transparente. Sin asomo de nubes por el horizonte aunque el hombre del tiempo había hablado de chubascos.

Enfilaron la primera calle de torres. No eran grandes mansiones. Era una antigua zona de veraneo discreta, en la montaña, aparecida por los años cincuenta. Ahora estaba encajonada entre un barrio dormitorio y el pequeño municipio al que pertenecía.

De cuando en cuando se veían algunas torres de corte moderno. Como estaba a pocos kilómetros de Barcelona, la zona se había revalorizado, y muchos ejecutivos huyendo de la gran urbe habían optado por fijar aquí su residencia. Tenían tren autobús y autopista a tiro de piedra de la urbanización.

Ana había acabado los estudios hacía más de un año. Se había licenciado en historia y había sido la primera de su promoción, lo que no le sirvió para encontrar trabajo sino tan solo para

conseguir una beca de seis meses de duración en los que trabajó como una negra para prepararle las clases al fulanito de la facultad y documentarle toda una investigación.

Después nada. En casa de los padres y alguna clase particular en el vecindario. Era optimista y pensaba que esto era solo un tránsito. Seguro que encontraría un empleo adecuado. Un museo. Le encantaría trabajar en un museo. Y en Barcelona había muchos.

Haría de guía para grupos y colegios. Les enseñaría a mirar un cuadro, a interpretar líneas y colores...

Javier había estudiado literatura, y su recorrido era casi un calco del de Ana.

Se habían conocido en una manifestación estudiantil y habían salido media docena de veces, se llamaban, quedaban, charlaban y arreglaban o desproticaban del mundo según el estado de ánimo.

Javier era un buscavidas y más pesimista que Ana. Puesto que no había trabajo había que aprovechar lo que se encartara, fuese lo que fuese y si podía sacarse 100 euros más al mes, mejor. Tenía la vista puesta en un Audi pequeño y coquetón. A ver si se asentaba el trabajo y podía financiarlo. A ver. Ahora se trataba de buscar firmas y captar contratos.

Sí que resultaba un poco engañoso, pero él tenía algo fijo al final de mes. Quería independizarse ya de ya, pero las cuentas no le cuadraban. A Ana no le había dicho nada, pero le gustaba sobre todo su ingenuidad y su honestidad. Tenía una risa contagiosa y unos ojos “que roban el alma al mirar” como decía el romance de la doncella guerrera, uno de sus preferidos.

Un día Javier la llamó y le propuso que se apuntara con él en la empresa de telefonía Jacoville. Pagaban 400 euros fijos y la comisión según los contratos realizados. Eran captadores. Su labor consistía en conseguir el cambio de compañía voluntariamente y si no era posible con apuntar la numeración del recibo de la “víctima”, la compañía se las ingeniaba para hacer el traspaso a su firma con ese dato.

Tomaron un café en un barecito cercano. Luego se dirigieron hacia la urbanización.

Javier comenzó por la primera casa de la calle. Llamó al timbre y lo único que salió fue un perrazo ladrando como un descosido.

En la siguiente casa un señor maduro después de las primeras frases de presentación les dijo que estaba bien con su compañía y que tenía prisa.

Llegaron a otra torre, cuyas macetas y parterres se veían cuidados y todavía con flores. En vez de timbre había una campanita que emitió un tañido agudo y poderoso.

Una viejecita con el pelo blanco y dulces rasgos se asomó a la cancela con una sonrisa y un gato en los brazos. Vestía un chándal color rosa y un delantalito floreado a la cintura.

-Buenos tardes, me llamo Javier y esta es Ana mi compañera. Venimos a hacerle un favor. La compañía de teléfonos cree que ha habido un error en su factura última y tenemos que verla para hacerle la bonificación. ¿Qué le parece?-

La viejecita sonrió aún más. Miró al muchacho. Le pareció muy joven, pero seguro que tenía más de 25 años. Pecoso y pelirrojo. De sonrisa abierta y franca. Igual que su nieto.

La chica le pareció más seria. Sonrisa débil y mirada baja. Coleta y ojos pardos grandes con gafas de intelectual como diría su Jacinto que en paz descanse,

Abrió la cancela y los invitó a entrar, ¡Eran tan jóvenes!

Les ofreció café pero ellos se negaron por razones de trabajo,

Ana comenzó a jugar con el gatito.

Javier mientras, sacaba su carpeta y su bolígrafo y le explicaba las ventajas que tendría con otra compañía, pero si no quería cambiarse no pasaba nada, ellos tomaban nota y le devolverían lo que le habían cobrado de más.

La viejecita sentada a su lado sonreía beatíficamente.

-¿Podríamos ver una factura de teléfono?-dijo Javier con una amplia sonrisa.

.Sí, claro. Un momento. Ahora vuelvo.

Javier y Ana se miraron. Ya la tenían en el bote,

Oyeron los pasos de la mujer y al levantar la vista dieron un respingo.

La viejecita estaba en la puerta del salón y les apuntaba con una pistola.

-Era de mi padre, republicano y luego de los maquis. Ya me podéis poner sobre la mesa las carteras,

-Pero señora...

-Nada nada, cada uno se las apaña como puede.

Javier y Ana dejaron sus carteras sobre la mesa.

-Cuánto llevas. A ver.

Javier la abrió. Llevaba un billete de 20 euros, otro de cinco y algunas monedas.

-Deja ahí los 20 euros. Te dejo el resto.

-¿Y tú muchacha?

Yo solo llevo ocho euros.

-Vale, déjame cinco. Y ahora ya podéis salir. Andando, les conminó con su sonrisa dulce.

-Lo siento chicos. Ya veis que no abuso, pero es una ayudita- les dijo mientras salían del comedor.

La viejecita los acompañó hasta la puerta. Los vio salir por la cancela y desde el interior cerró el automático de la puerta. Entró, guardó de nuevo la pistola en su mesita, recogió el dinero y lo metió en una caja de galletas de la cocina, luego se fue al salón se sentó y continuó viendo la televisión, ¡Ojalá pasaran representantes de estos cada semana!

Javier y Ana salieron en silencio de la casa. Cuando se vieron solos y habían caminado unos metros él dijo:

-¡Coño con la vieja!

Ana apoyada sobre la pared se retorció de risa hasta las lágrimas.

-Esto queda entre nosotros, Ana. Ni una palabra a nadie. ¿Vale?

-Vale, vale-dijo entre risas-pero mañana yo me busco otra cosa.

-Y yo también.

La cogió de la mano y se la apretó contra su cintura.

El sol había entibiado el aire. La mañana seguía siendo azul y luminosa.

Rosario Garrido